

## **DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Proverbios 9, 1-6): *Venid a comer mi pan.*

**Salmo** (33, 2-3.10-11.12-13.14-15): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

**2ª lectura** (Efesios 5, 15-20): *Fijaos bien cómo andáis.*

**Evangelio** (Juan 6, 51-58): *Yo soy el pan vivo bajado del cielo.*

*El nivel de desarrollo de los países no se mide solamente por la cifra de renta per cápita, sino también por el porcentaje de población alfabetizada y por los niveles educativos y culturales. No hay bienestar sin educación, pero hay que saber de qué tipo de educación hablamos.*

*El progreso pasa por una formación científica y técnica. Saber más significa poder controlar mejor los imprevistos, reducir el espacio del azar, el de las loterías y evitar tener que tomar decisiones, ya que los conocimientos, los instrumentos y las mediciones de la ciencia ya nos dan muchas soluciones. Ahora bien, los antiguos distinguían otro tipo de saber científico, otra forma de sabiduría que tenía que ver más con los imprevistos del azar y la necesidad de decidir que la vida real implica. La llamaban “prudencia” o “sabiduría de la vida”.*

*Este saber sería tan necesario como el de la ciencia; sobre todo, cuando hablamos de la vida de las personas y de los problemas sociales, donde no bastan los cálculos y las estadísticas. Los políticos y los tecnócratas están demasiado acostumbrados a pensar en términos numéricos, según su ciencia de los asuntos públicos. A pesar de que los discursos políticos se disfracen de palabras más humanas, el deseo de las personas significa, por lo general, un indicador de tendencias de voto.*

*En un país donde los niños aprenden a contar sin reconocer qué es lo que cuentan, a decir cosas en inglés sin pensar siquiera lo que dicen en su lengua, a usar las nuevas tecnologías sin preguntarse para que sirven... es más fácil que como adultos sepan lo que hay que contar, decir y usar, de forma rigurosamente científica, sin saber cómo vivir ni que esperar de la vida; menos aún ante las dificultades que aparecen en ella.*

*Así, es más fácil que cedan la toma de sus decisiones más importantes en manos de otros “que saben más”. Es más fácil que como ciudadanos se dejen llevar por los discursos y tendencias políticas, por eslóganes, por quienes parecen conocer mejor que ellos cuáles son sus deseos, problemas y temores.*

Es relativamente fácil dejarse llevar por lo que dicen otros que aparentemente saben más que uno, o por las costumbres que nos dan cierta seguridad, qué por las propias convicciones y los valores que tomamos para regir nuestra vida. Lo difícil es conducirse uno mismo, andar por los caminos diferentes y cuestionar lo que creemos seguro. Es más difícil todavía cuando los tiempos no son sencillos de vivir y las circunstancias adversas nos confunden a cada paso: *“llegar a fin de mes, crecer en las dificultades de la pareja, saber cómo educar y querer bien a los hijos, afrontar injusticias cotidianas u otras que nos pillan a desmano...”*.

Cuando los libros sapienciales de la Biblia hablan de la Sabiduría y de la Prudencia explican, como decía también Pablo a los Efesios, que uno ha de fijarse bien en cómo camina y, a la vez, negarse a andar por sendas trilladas. Cada uno ha de hacer su propia vida, su propio camino. Para ello no hay ni reglas fáciles ni cálculos sencillos, sino el exponerse cada día a las dificultades desarrollando una sabiduría y prudencia propias. La experiencia es la que enseña; todos hemos de aprender en cada ocasión, en cada éxito y en cada error. Se trata de arriesgarse a vivir para aprender a vivir.

Quien nada arriesga nada sabe de la vida, aunque conozca muchas cosas y muchas formas de vivir. Ni siquiera los valores que aprendemos en la escuela o en casa –*ni siquiera los valores que defendemos como cristianos-* y que guardamos como tesoro tienen sentido si no forman parte de nuestros días, de nuestras experiencias, en las que uno no trata con objetos abstractos sino con personas concretas. Vivir de verdad es hacerlo con otras personas más conocidas y más desconocidas, y de ellas –*de cómo trato con ellas, de cómo ellas me tratan a mí, de cómo su trato a mí me hace vivir o desvivir-* aprendo a Vivir.

A la luz de la experiencia del trato con la persona de Jesús de Nazaret los primeros discípulos y los cristianos de las primeras comunidades vieron en Jesús la Sabiduría de la que hablaban los libros de la Biblia. El contacto con Él les había descubierto una serie de experiencias nuevas, imposibles de imaginar en los límites estrechos de una humanidad, una cultura, un pueblo, un grupo concreto. Jesús desborda todas las expectativas sobre por qué y por quién merece la pena arriesgarse.

Las palabras de Jesús, cuando nos dice que solo *«quien come de su carne y bebe de su sangre tiene vida en sí mismo»*, son una promesa: la nueva vida y el nuevo modo de saber vivir que en Jesús descubrimos no es un sueño, ni un ideal inalcanzable, ni un entusiasmo pasajero, sino algo auténtico. Sí, merece la pena arriesgarse a vivir, y merece la pena hacerlo por el mensaje del Evangelio, porque la sabiduría de la vida con Jesús es auténtica, es real, es en carne y sangre.